

SEGUNDA PARTE

Teoría de la representación abstracta ó del pensamiento (1).

CAPÍTULO V

DEL ENTENDIMIENTO DESPROVISTO DE RAZÓN

Debería sernos posible conocer perfectamente la conciencia de los animales, puesto que podríamos representárnosla eliminando simplemente ciertas propiedades de la nuestra, si no se complicase aquella con el instinto, que está en todos los animales más desarrollado que en el hombre y que en algunas especies llega hasta á producir la industria.

Los animales tienen entendimiento, mas no razón; por consiguiente, poseen conocimiento intuitivo, pero no abstracto; la percepción en ellos es exacta; aprecian también el encadenamiento causal inmediato y los animales superiores pueden elevarse muchos grados en este encadenamiento, pero el animal no *piensa* en el sentido propio de la palabra, pues le faltan los *conceptos*, ó sea las representaciones abstractas.

(1) Este capítulo y el siguiente se refieren á los párrafos 8 y 9 del primer volumen.

La primera consecuencia que de esto se deriva y que comprende hasta á los animales más inteligentes, es la falta de una verdadera memoria, y esto es lo que principalmente diferencia la conciencia del hombre de la del animal. La inteligencia perfecta descansa sobre el claro conocimiento de lo pasado y de lo por venir como tales y en su relación con lo presente. La memoria propiamente dicha, la que el conocimiento exige, es una memoria racional, ordenada y encadenada, que sólo es posible con el auxilio de las nociones generales. Hasta el recuerdo de las circunstancias de carácter más individual requiere este concurso, si ha de presentarse con orden y enlace. La multitud innumerable de cosas y de acontecimientos idénticos ó semejantes que llenan la existencia no consiente una reminiscencia inmediata, intuitiva é individual de cada pormenor. Ni las fuerzas de la memoria más vasta, ni el tiempo serían suficientes para ello. Esa multitud de hechos sólo puede conservarse agrupándola en conceptos y reduciéndola así á un número relativamente corto de proposiciones, por medio de las cuales tenemos de continuo á nuestra disposición un resumen metódico y suficiente de nuestro pasado. No podemos representarnos intuitivamente más que escenas sueltas de nuestra vida, pero de todo el tiempo transcurrido y de lo que en él se contiene tenemos conciencia en abstracto por medio de conceptos de las cosas y de números que evocan los días y los años con cuanto éstos encierran.

En los animales, por el contrario, la memoria como toda su inteligencia se limita á la intuición; consiste principalmente en que aquella impresión que se repite se anuncia como cosa que ha existido ya en ellos. La percepción actual refresca las huellas de una per-

cepción anterior, y los recuerdos sólo son provocados por lo que real y actualmente existe. Lo presente despierta con nueva vivacidad la impresión producida por el fenómeno anterior. Así es como el perro conoce á las personas á quienes ve con frecuencia, distingue á los amigos de los enemigos, halla el camino perdido y sabe ir á las casas que ya ha visitado; de ahí que la vista de un plato ó de un bastón ejerzan sobre él el influjo consiguiente.

Los procedimientos para adiestrar á los animales están basados en esta memoria intuitiva y en el hábito, cuyo poder sobre las bestias es muy grande, pero esta educación difiere de la humana, como la percepción sensible del pensamiento. También el hombre, cuando la verdadera memoria se le resiste, acude á esta recordación intuitiva, y en tales casos apreciamos bien por la propia experiencia, la diferencia que hay entre ambas clases de memoria; v. gr.: cuando vemos á una persona á quien creemos conocer, sin que podamos recordar cuándo y dónde la hemos visto. De igual manera cuando entramos en una casa donde ya estuvimos en la infancia, antes de la edad de la razón, y cuyo recuerdo habíamos perdido, experimentamos una impresión actual que nos afecta como cosa anteriormente sentida.

De esta índole son todos los recuerdos de los animales. En los más inteligentes, esa memoria puramente intuitiva, se eleva hasta cierto grado de imaginación que le presta su ayuda; así es cómo el perro viendo flotar la imagen de su amo ausente, siente despertar en sí el deseo de verle, y acude á buscarle cuando la ausencia se prolonga.

Se compone, pues, la memoria de los animales de una simple serie de actualidades, pero en la cual nin-

guna se les muestra como cosa por venir antes de verificarse ni como pasado después que se verifica. Esto es lo que la distingue de la conciencia humana.

Por la misma razón los animales sufren menos que nosotros, pues no conocen otros males que los que el presente les trae de un modo inmediato. Pero el presente no tiene extensión, y, en cambio, lo pasado y lo por venir, de donde proviene el número mayor de nuestros dolores, son infinitamente largos, y á su contenido real se une el contenido meramente posible, que abre un campo ilimitado al temor y á la esperanza. El animal á quien no pueden inquietar lo por venir ni lo pasado, goza con calma y serenidad de lo presente, á poco soportable que sea. Bajo este concepto, el hombre poco inteligente se aproxima mucho á las bestias. Además, los dolores que pertenecen sólo al presente no pueden ser más que físicos. A decir verdad, los animales no sienten realmente la muerte, pues no la conocen hasta el momento en que llega, y entonces dejan de existir. La vida del animal es un presente perpetuo. Vive sin reflexión, sumergido siempre y por completo en el momento actual. Verdad es que á la inmensa mayoría de los hombres le sucede casi lo mismo.

Otra consecuencia de la índole de la inteligencia de los animales es la estrecha relación que existe entre su conciencia y los objetos que los rodean. Entre el animal y el mundo exterior no media nada; entre nosotros y el mundo están nuestras reflexiones sobre ese mundo, que ya le hacen inabordable para nosotros ó ya nos tornan inabordables para él. Sólo en los niños y en hombres muy incultos se adelgaza tanto esta barrera, que para apreciar lo que pasa en ellos no hay más que observar lo que sucede á su alrededor.

De ahí que los animales no sean capaces de preme-

ditación ni de disimulo, ni haya en ellos segundas intenciones. Bajo este aspecto el perro es al hombre, lo que un vaso transparente de cristal á un vaso metálico, y esto hace que amemos á los animales por el placer que nos produce ver manifestarse en ellos, abiertamente y sin velos, sus inclinaciones y emociones, cuando nosotros disimulamos las más veces las nuestras. En general puede decirse que los animales juegan á cartas descubiertas; por eso nos place observar su manera de conducirse entre sí, ya pertenezcan á la misma especie, ya á especie diferente. La conducta del animal tiene cierto sello de candor, en oposición á la del hombre, á quien la razón, y por consecuencia la reflexión, despojan de la inocencia de la naturaleza. En cambio la conducta humana lleva el sello constante de la premeditación, mientras que los actos del animal carecen de ella y son determinados por el impulso del momento.

El animal no es capaz de proyectos. Tomar y cumplir una decisión es privilegio del hombre; privilegio de grandes consecuencias. Un instinto como el de las aves emigrantes ó el de las abejas; un deseo vivo y duradero como el del perro, que quiere hallar á su amo ausente, pueden presentar apariencias de proyectos, pero no deben ser confundidos con éstos.

Tiene todo esto su razón de ser en la diferencia que hay entre la inteligencia del hombre y la del animal, diferencia que puede enunciarse así: los animales no tienen más que conocimiento inmediato, los hombres tienen además conocimiento mediato. La ventaja que en algunas cosas ofrece lo mediato sobre lo inmediato; v. gr.: en trigonometría y en análisis, en el trabajo por medio de máquinas en vez del trabajo manual, se observa aquí igualmente. Puede decirse también

que los animales poseen una inteligencia simple y nosotros una inteligencia doble, ó sea un intelecto sensible y un intelecto pensante, de los cuales trabaja muchas veces el uno con independencia del otro; v. gr.: miramos una cosa y pensamos en otra. A veces el uno invade el terreno del otro. Esto hace comprender mejor lo que antes decíamos de la sinceridad y candidez propia de los animales en oposición al disimulo del hombre.

Con todo, el principio *natura non fecit saltus* no se desmiente en lo relativo á la inteligencia animal, aunque el paso que media entre la inteligencia de las bestias y la del hombre sea el mayor que ha dado la naturaleza en la producción de los seres. Vagos asomos de reflexión, de razón, de comprensión de palabras, de pensamientos, de proyectos, de premeditación se manifiestan á veces en individuos escogidos pertenecientes á las especies superiores, despertando en ocasiones nuestra admiración. Los rasgos más sorprendentes de este género nos los ofrece el elefante, cuya inteligencia, muy desarrollada de por sí, crece con el ejercicio y la experiencia de una longevidad, que llega en algunos casos hasta á doscientos años. Este animal ha dado con frecuencia testimonios irrecusables consignados en multitud de conocidas anécdotas, de esa premeditación que es lo que más nos sorprende en las bestias. Entre esas anécdotas merece recordarse la del elefante, que se vengó de un sastre á causa de una picadura de aguja. Merece salvarse del olvido otra historia análoga á ésta, y que ofrece la ventaja de hallarse comprobada por un sumario judicial. En Morpeth (Inglaterra) se abrió el 27 de Agosto de 1830 una *Coroners inquest* sobre la muerte del *cornac* Bautista Bernhard, muerto por su elefante. De las deposi-

ciones de los testigos, resulta que dos años antes Bernhard había maltratado brutalmente al animal, y que éste, sin nuevos motivos, aprovechó un momento favorable para coger al hombre bruscamente y aplastarle. (Véase el *Spectator* y otros periódicos ingleses de aquel tiempo.) Para mayor estudio de la inteligencia de los animales, recomiendo la excelente obra de Leroy: *Sur l'intelligence des animaux*.